

EL HERALDO GALLEGO,

SEMANARIO DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

Director propietario, Valentin L. Carvajal.

SE SUSCRIBE

en su administracion, calle
de Lepanto, 13, Orense.

Se publica todos los Jueves.

PRECIO

nueve reales trimestre
en toda España.

SUMARIO.—Rigi—Kulm, por R. Rua Figue-
roa.—Sociabilidad, por R. G. Vicetto.—El Pa-
dre Feijóo, por C. P. Bouzo.—Un ave y un
alma (poesía), por A. J. Pereira.—O nacimiento
d'o Padre Feixoo (poesía), por V. L. Carvajal.
—El Soldado (poesía), por E. Matute.—Varie-
dades.—Miscelánea.—Anuncios.

**Orlamos el presente número con-
memorando la fecha gloriosa para
Galicia del nacimiento del ilustrado
critico el Padre Feijóo.**

RIGI-KULM.

Rigi-Kulm es una de las maravillas de la Suiza contemporánea; es el sello del espíritu moderno escalando con sus imperecederas conquistas las montañas del globo; es la fábula de los antiguos titanes realizados en nuestros días. Seguidme y os conduciré hasta esa maravilla.

Era una tarde del mes de Agosto de 1875 y, con una velocidad á mis deseos enojosa, me transportaba una locomotora desde Zurich hasta Lucerna. Campos de eterna verdura como son eternas las nieves que los riegan bordaban á uno y otro lado las cintas férreas de aquel frondoso camino. Suaves colinas elevaban sus cultivadas vertientes encerrando avaras, entre tupido ramaje, numerosas casas de campos de un singular estilo que el gusto moderno ha intentado reproducir en todos los jardines de Europa. Pero hay en aquellos *chalets* un carácter *sui generis*, una atmósfera local que no se reproduce. Algunas veces cruzábamos las orillas de un lago y entreveíamos como en rápido y movable panorama apiñadas casas reflejándose en sus aguas

como si en ellas hicieran su matinal tocado. Brotaba de toda aquella campiña, de todos aquellos valles y montañas, de todos aquellos lagos y caseríos un ambiente saturado de un no sé que de embriagador y misterioso que infundía en el ánimo un profundo respeto y un deleitoso consuelo. Había en aquel conjunto, obra de Dios y de los hombres, cierto encanto mágico y armónico como una melodía sublime que transporta el alma á regiones desconocidas y hace vibrar en nuestra alma notas cuya existencia ignorábamos ó que yacían profundamente aletargadas. Y es que llegaba á mis pulmones el háilitó, acaso por primera vez respirado, de una civilizacion soñada de un país envidiable: envidiado de su bien estar escepcional en la historia de todos los pueblos, de un acorde unisono que, sin proscibir como el poeta el *mundanal ruido*, ungía de aquellos campos al ronco resoplido de la locomotora.

Acaso tambien sentia agitarse en mi pecho los no dormidos recuerdos de mi lejana pátria, más con disculpable pasion que con reflexivo acierto, á aquel país comparada. Cruzaba, en fin, la pinocresca suiza, como ejemplo de politicas aspiraciones presentada y tan poco por nuestros falsos Apóstoles conocida.

Descendí en Lucerna asentada en la estremidad O. del *Lago de los cuatro cantones*, pequeño *mare internum* de la suiza con sus cabos y promontorios, con sus estrechos, sus picos, sus ruinas y sus tradiciones. El *Leon*, es uno de los escasos monumentos que Lucerna ofrece á la atencion del viagero. En el fondo de su pequeño y sombrío parque y en una roca vertical que le sirve de limite, hay

entellado un gigantesco leon, tendido á la entrada una gruta y demostrando en su posturacion y en sus nobles facciones la honda pena que le aflige. En la base de este monólito estan gravados los nombres de los valientes suizos que sucumbieron en París el 10 de Agosto de 1792 y en memoria de los cuales fué trazado este monumento, obra del famoso Thorwaldsen.

No lejos del Leon, hállase cuidadosamente resguardado é *in situ*, el asiento de un *ventisquero*, elocuente testimonio del paso de las nieves seculares sobre el terreno en que hoy se levanta Lucerna. La tierra vegetal que recubria aquella roca, amarillenta como los despojos de un cadáver, permitió se conservasen en el transcurso de los siglos las huellas de los cantos que, tal vez desde los tiempos genesiacos, rodaron sobre ella bajo la inmensa pesadumbre de las nieves. Allí llegaban sin duda los hielos del san Gotardo, como llegaban al Jura los ventisqueros del Monte Blanco. ¡Tambien á la voz de la civilizacion ha retrocedido la naturaleza salvaje y aterradora de los helados Alpes!

Ha sonado la hora de partir para el Rigi. Una especie de *yatch*, en lo cómodo y aseado nos espera en el cercano muelle y al toque de su campana acuden de todos los hoteles numerosos viajeros ávidos de participar de las delicias de esta escursion cotidiana. Desatáronse las amarras del buque y en breves momentos nos hallamos en franquía. Los expedicionarios ocupan el espacioso puente provistos de anteojos de todas clases, dimensiones y categorias que dirigen desde la ciudad que abandonamos hasta el incierto y brumoso horizonte á donde hacemos rumbo. No hay bellezas como las bellezas de aquel sublime escenario que parece flotar, moverse y desarrollarse ante nuestra vista, cual si nosotros estuviéramos clavados por la admiracion ó la sorpresa en un punto del espacio. La brisa de los Alpes orea nuestras frentes y baña nuestros miembros con el halito origen de sus frescos vapores, convertidos despues en lagos de azuladas aguas y en colinas de inestinguible verdura. Extraños contrastes de luz y de sombra hieren en matices infinitos nuestra pupila, segun las inflexiones de nuestra ruta y los variados repliegues de la vecina costa. La sosegada nave sin otro movimiento que el del propulsor que la impulsa y el del timon que la encamina, sin oleages que la inquieten, ni vientos que la perturben, parece resbalar indiferente sobre las aguas del lago rozando acaso con las ruinas de alguna ciudad *neolítica*, como anhelosa caravana que pasa inconsciente sobre los restos de una ciudad pe-

pulosa sepultada bajo las arenas del desierto.

El vapor se detiene para dejar en varios pueblos del lago con una rapidez y precision admirables algunos expedicionarios. Distinguense entre estos, por su singular ropage, el verdadero *turista* generalmente de raza inglesa *pur sang*. Un sombrero de paja rodeado de ancho y tupido velo, un chaquet de ligero paño, un pantalon corto que permite ver el ajustado botin de cuero, descansando sobre blanco y claveteado zapato, una manta escocesa al hombro y el largo baston ferrado ó *alpenstock* en donde á guisa de título nobiliario, hace gravar con caracteres de fuego los puntos que en sus arriesgadas escursiones ha recorrido: tal es el aspecto del turista. pero este esforzado caminante si como nosotros se dirige á Rigi-Kulm descendera en un pueblo de la inmediata playa para emprender á pié la ascension á la montaña y registrar todas las ruinas, todos los secretos, todas las maravillas de sus enmarañados senderos que apenas conoce el viajero comodón ó impotente.

El reposo en que yace nuestro vehiculo á la hora y media ó poco más que desde nuestra salida ha trascurrido, nos advierte que hemos llegado á Vitznan, estacion del camino de hierro de Rigi-Kulm, estamos, pues, al pié de esta montaña que tiene 4 300 metros de altura y á cuya cima habrá de conducirnos esa extraña locomotora que reposa á las orillas del lago apagando en ellas la sed de sus candentes fauces.

El Rigi era una montaña casi desconocida hace 200 años. Un bosque de verdura cubria sus flancos desde los bordes del lago hasta Kulm, su cúspide, á escepcion de los meses de invierno en que el monte trocaba su vestidura adornándose con los girones de nieve destacados, al sopló de las tempestades, de los escabrosos Alpes. Nadie habia revelado que desde sus alturas se descubrian nuevos é ignorados horizontes. Ninguna voz humana turbaba el silencio de aquellas selvas vírgenes. El primer signo de civilizacion llevado allí por errantes pastores, fué una cruz; á la cruz siguió el Santuario; al Santuario los romeros; á los romeros una casa; á la casa una posada; á la posada una fonda; á la fonda un camino de hierro. Seculares abetos convirtiéronse en traviesas y en cómodas habitaciones: en camino y en hogar. La civilizacion ha seguido su invariable derrotero y no contenta con escalar la montaña y con abrir paso á través del Monte Cénis y del San Gotardo, proyecta estender á la luz del sol sus potentes brazos y abarcar las ondulaciones de aquellos valles y de aquellas cumbres, abriendo nuevas vías á la insa-

ciable ambicion humana y fundiendo eternos hielos al calor fecundante de la moderna locomotora.

El tren nos espera y es hora de subir á la montaña. La máquina está uncida á un solo wagon abierto á todos los vientos y en donde pueden colocarse cómodamente unas 64 personas. En el centro de la vía y paralelamente á los rails, yace tendida una barra dentada en la cual engrana una rueda que aumenta el rozamiento é impide que el tren descienda arrastrado por su propio peso. La locomotora dió ya su grito de partida repercutido por el eco de aquellas montañas y secundado por el hurra de los viajeros: abandonamos las orillas del lago, cruzamos su pequeño bosque de entregegido follage y la ascension comienza.

Diriase que aquel camino de hierro se ha construido para hacer halarde del poderío de la ciencia y de la industria moderna; que así como en las vías férreas ordinarias se esquivan las grandes dificultades, allí se han buscado por el solo placer de vencerlas. La locomotora jadeante no se desliza suave, alegre y acompañada sobre sus rails, más bien parece que trepa asiéndose con sus férreas garras á las asperezas de la barra empotrada en el suelo y multiplicando sus esfuerzos al compás de sus estridentes trepidaciones. Seméjase á un mónstro de hierro arrastrándose sobre la montaña, rugiendo al verse domeñado por la mano del hombre y arrojando de sus cansados pulmones bocanadas de humo, de vapor y de fuego.

A poco de nuestra salida cruzamos un túnel y despues un viaducto de ágría pendiente y cuya ligereza espanta. A uno y otro lado inmensos precipicios; do quiera vivas y profundas emociones...!

La atencion del viajero se ve compartida entre los accidentes del terreno que se desliza á sus plantas y el panorama que se desarrolla en infinitos y remotos horizontes. A nuestra derecha se destacan clavados en escuetaroca incommensurables caractéres que dicen: *chocolat*: aquella roca oculta la entrada de una cueva en donde el viajero de los Alpes descansa y saborea una feliz imitacion de caracas ó Soconusco. La locomotora sigue en marcha hasta llegar á la estación de Rigi Staffel, magnífico hotel situado á la mitad próximamente del trayecto, punto de confluencia de todos los senderos del Rigi, y límite, no hace cuatro años, de aquella vía férrea. El reposo os incita á aceptar una copa de cerveza que os brindan las hijas de aquellas montañas. Seguimos nuestra ruta, cruzamos con otro tren descendente y, despues de media hora más de camino, llegamos al punto culminante, al límite

de nuestra expedicion, al pié del grande hotel de Rigi á Kulm.

No hay frases ni colores que puedan describirnos ni pintaros el esplendente espectáculo que os ofrecen las alturas de Rigi-Kulm. La imaginacion se abisma y se enagena en aquel confuso y admirable laberinto de montañas, de lagos y de llanuras. Disipado el estupor de la sorpresa, nótanse en aquel vasto horizonte dos partes bien distintas: al N. la sonrisa de la vida; la Suiza septentrional con sus colinas, sus valles, su exuberante vegetacion, sus lagos, sus poblaciones, sus caserios: al S. la inmovilidad de la muerte; la Suiza alpina, con sus nieves perpétuas, sus enhiestos picos desde el Pilatos, en cuyas vertientes yace recostada la hermosa Lucerna, hasta el San Gotardo que es el punto á donde parece van á anudarse todos los extremos de aquellas prominencias; la fuente inagotable de todos los grandes rios que riegan el suelo de la Europa; el paso de todas las razas; el valladar de todas las conquistas. No sé por qué, pero aquel inmenso anfiteatro de niveos picachos, atraia mi atencion con una fuerza irresistible: acaso fuera porque hubo un tiempo en que nutrieron mi inteligencia las lecturas que me revelaban los arcanos de aquellas montañas, acaso tambien porque hay siempre en la naturaleza humana un fondo de amargura que hace nos deleitemos en los horrores de la naturaleza física.

Si yo miraba con deleite el aterrador aspecto de aquellos desiertos de nieve y sentia en mis miembros ese frío que solo se siente al contacto de la muerte. Yo contemplaba aquellas heladas cumbres, mudos testigos de las edades geológicas, y parecia llegar á mis oidos al estridor de sus ventisqueros al despenarse en las profundas y nunca repletas simas; las sordas convulsiones de aquellos barrancos; el fragor de aquel oleage de hielos, de nieves y de espuma; el impetu de las aguas torrenciales sepultándose bajo aquellos mares de hielo para reaparecer tranquilas en los lagos helvéticos; el crugido de los aludes que ruedan pavorosos de monte en monte, asolando los valles, llenando de despojos los abismos y conmoviendo la atmósfera que se resuelve en horrendas tempestades. Yo veia y creia tocar desde mi tranquilo asiento el Filar del Sol, el Fuente del Diablo, el Fico del Terror, el mar de hielo de Grindelwald, el Monte Blanco, el Monte Rosa y otros puntos notables en la geografia alpina, testigos de las excursiones de tantos sábios y de la agonía de tantas victimas.

Apartemos la vista de este cuadro y busquemos á nuestras plantas más agradables

perspectivas.

Allí están las ásperas montañas de Morgarten en donde la independencia suiza clavó sus pendones hace más de cinco siglos, derrotando los ejércitos austriacos llamados por el príncipe mitrado de Einsiedeln. Es la historia de todos los pueblos y de todas las revoluciones: el fanatismo encendiendo siempre la tea de las discordias en el cirio de los altares.

Y entonces surgió como surge de todas las grandes conmociones, de todos los grandes accidentes llamados á imprimir una nueva faz en la historia de los pueblos, un nombre de que no se dió cuenta la generación que le encerraba y que había de ser más tarde en la marcha de los siglos el símbolo de la libertad y de la independencia de la Confederación Suiza, el *palladium* de sus glorias, el eco de sus cantares. Y ese nombre late en todas aquellas ciudades, en todos aquellos desfiladeros, en todos aquellos lagos, en las montañas, en los bosques, en el aire. Es la semilla de la libertad, que no perece. Ese nombre es Guillermo Tell. Allí está Bürglen su patria; Altorf el teatro de sus proezas; allí la *capilla* de Tell; el *salto* de Tell, á orillas del Lago; más allá la torre que conmemora el sitio que ocupaba el tilo á que fué sageto el tierro infante; aquí las ruinas del castillo que habitaba el tirano Gessler.

No diré, como Voltaire, que la historia del héroe helvético es sospechosa, ni calificaré como Scherer de personaje imaginario al diestro arquero que inspiró á Schiller y á Rossini, ni daré margen á que estas oscuras impresiones de viaje sean arrojadas á la hoguera por mano del verdugo del canto de Uri, como lo fueron las páginas de Freudenberger en que atribuía á una leyenda danesa las hazañas de Tell. Fábula ó historia, hombre ó mito brotó al calor de la Confederación Suiza y el pueblo adoptó ese emblema como el símbolo de su independencia y de sus libertades luchando en su nombre contra todas las tiranías.

Hace un momento he citado á Einsiedeln. Allí se oculta, más bien que se descubre esa pequeña aldea suiza en donde se levanta el soberbio Monasterio de San Meinrad. Tell es el héroe de las tradiciones populares: Meinrad es el héroe de las tradiciones religiosas. La romería que allí se celebra todos los años no tiene similar en ninguna parte del mundo. Ni San Andrés de Teixido en Galicia, ni Covadonga en Asturias, ni el Pilar en Aragon, ni Monserat en Cataluña pueden compararse con la

fiesta del Rosario de San Meinrad en Suiza. Aquella es una romería universal á donde acuden peregrinos y curiosos de todas las naciones á beber el agua de la Fuente Santa en donde el Salvador posó sus lábios ó á estudiar las costumbres de aquel abigarrado conjunto de indígenas y extraños ó á contemplar las bellezas del Escorial suizo.

Hora es ya de descender al Hotel del Rigi en donde está preparado nuestro nada módico alojamiento. Y digo descender porque desde el punto de parada del tren hasta la *Señal* ó cúspide de la montaña, hemos tenido que subir un pequeño repecho. A las puertas de la fonda os detienen numerosos bulioneros y traginantes con productos de la industria local. Cajas y relojas de madera tallada, objetos de búfalo, pañuelos bordados de los cantones de Schwitz, de Zug y de Uri, vistas fotográficas del Rigi etc.

A la caída de la tarde acuden de todas partes por todos los senderos de la montaña turistas y viajeros de ámbos sexos á pié los más avezados ó aguerridos, oprimiendo otros los lomos de cansados trotones encerrados algunos en estrechas sillas de manos conducidas por expertos peatones que con acompasado paso suben y descenden por aquellos vericuetos con una seguridad asombrosa.

En la fonda os espera una succulenta comida con vinos y manjares de una nomenclatura especial propia de aquellos lugares. En la mesa remedo de una pequeña Babel, se hablan casi todos los idiomas del mundo civilizado, narrando y comentando los episodios y las emociones de la jornada.

Aun falta que admirar uno de los espectáculos del Rigi. De ello os previene el eco de una bocina que os despierta una hora antes de salir el sol. Os vestís premiosos y tomáis asiento en la cumbre del monte para contemplar á la aparición de aquel astro el *espectro* del Rigi, fenómeno óptico debido á la descomposición de los rayos solares al herir los múltiples prismas de nieve. Pero el sol, envuelto en los vapores que el frío de la noche ha condensado sobre las heladas crestas, oculta sus reflejos y el espectro no se presenta á la vista del espectador ansioso y soñoliento que vuelve mohino á sepultarse en su mullido lecho. Esta escena suele repetirse en varios días consecutivos hasta que, cansado el observador de tantas decepciones, consigue ver el anhelado meteorito... al año siguiente si los accidentes atmosféricos lo consienten.

La locomotora llama en las puertas del hotel á los viajeros que ha de transportar á

Vitznan. La máquina descende de aquella montaña, conteniendo más bien que arras-trando al carruage sobre aquellas cintas de hierro que se pliegan y se enroscan á sus laderas como el abrazo cariñoso de la civilización á la tierra en donde arroja su vivificante semilla. Estamos á bordo del vapor que nos conducirá á Lucerna. Suena en nuestros oídos el silvido que da la señal de la separación de aquella ospitalária orilla: es el *Adios* del viagero á la montaña de Rigi.

R. RUA FIGUEROA.

SOCIABILIDAD.

Hemos de juzgar la naturaleza por el fin ó perfección á que tiende.

Escribir por Galicia, escribir para Galicia, ha sido siempre el móvil que ha guiado nuestra pluma.

Hijos de su suelo privilegiado, más de una vez hemos contemplado con dolor profundo, los gérmenes de riqueza que encierra y más de una vez también se agrabó el mal de nuestro pecho al considerar lo poco provechosas que son para España en general, para Galicia en particular, las lecciones de la historia.

Dueños al fin de nuestra conciencia, dueños de ese rayo divino con que adornó á la criatura el Criador, nos hallamos, sin embargo, cual fatigado viagero que en árido desierto tiene ante sí el espejismo del deseo sin que encuentre jamás lenitivo á la fiebre que le produce la sed que agota su vida.

No sabemos hasta que grado le es permitido hoy día al que escribe, elevar su pensamiento, pero siempre fué disculpada aunque no todas veces respetada la voluntad decidida que, saliendo del caos que producen las pasiones humanas, trata de hallar en las serenas regiones del bien, la idea de ser útil á sus semejantes. ¿Y qué sería sinó la obra perfecta del Criador? Inmenso, bellissimo cuadro, pero borrado con la mancha del brutal instinto de desbordadas pasiones.

A seguir, pues, la máxima de un célebre filósofo, *practicar lo que pueda, hacer feliz al hombre*: deben encaminarse los pasos del que escribe para el hombre y nada en nuestro concepto tiende tanto á mejorar nuestro estado actual como la sociabilidad. El hombre, lo puede todo y el hombre no será nunca nada relegado á sí mismo; el suelo que nos vió nacer, esta Galicia tan favorecida de la naturaleza, gime triste en el rincón del olvido, porque entregada á sí mismo se halla fuera del

concierto europeo. fuera del concierto de la nación en que tiene asiento ¿cuál es la causa? grave se hace nuestra tarea al llegar á este punto; pero la verdad baja de nuestra frente y se fotografía en el papel con la tinta de nuestra pluma ¿por qué no lo hemos de decir? Galicia ha sido siempre explotada, nunca atendida. ¿Meréce esa suerte? Son sus hijos ingratos á la pátria? La hieren traidoramente como otras muchas provincias que causan la desgracia comun? De morigeradas costumbres de apacible trato, de alicion decidida al trabajo, son los hijos de Galicia de notoria honradez, y á doquiera que se les ve marchar, van en pos de ellos el venero de riqueza, producto de un pueblo sóbrio y de intachables costumbres. Y, sin embargo, á esta Galicia tan tranquila, á esta Galicia tan vilipendiada, se le pide continuamente crecido contingente de lo más bello de su juventud, el producto de la mayor parte de su trabajo, dándole en cambio tristes decepciones, miserables complacencias que jamás llegaron á la realidad del hecho consumado.

Sueño ilusorio es para nosotros los gallegos el adelanto del ferro-carril, no hay en nuestro feracísimo suelo más que una granja-modelo; á su grande industria salazonera así como á la de carnes y ganados se establecen gravámenes que las matan, nada que les preste vida, nada que tienda á elevarlas de la postración en que yacen ¿Y por qué sucede así? porque nosotros los gallegos tenemos la culpa; efecto de nuestras mismas costumbres pasamos por las horcas caudinas de la centralización que nos agobia, conformándonos tan solo con que se nos deje trabajar en paz; pero es tanto ya lo que se nos pide, es tal el estado de miseria á que nos hallamos reducidos por nuestra excesiva bondad, que es fuerza que busquemos remedio á nuestro mal, no cual hacen otras provincias apelando á la última razón, que es la fuerza, sinó por medios más eficaces y provechosos para todos en general, por medio de la asociación que hace al hombre potente y digno ante el siglo que alcanzamos.

Exposiciones regionales, certámenes literarios en los cuales los ingenios del país canten las excelencias de éste, los males que le aquejan, el remedio que debe propinarse; levantar, en fin, el espíritu público, haciéndonos todos dignos de nosotros mismos por medio de la asociación para respetarnos y conocernos, para que nos respeten y nos conozcan.

Tal debe ser Galicia regenerada por sus hijos mismos. Más de una vez se nos ha caído la pluma de las manos al querer trazar

en el papel los distinguidos nombres de los gallegos ilustres que honraron nuestra patria historia al considerar que la mayor parte de ellos, los unos, bajaron á la tumba fria sin dejar en pos de sí el inapreciable tesoro de sus ingenios, obligados los otros á consumir los dias de su existencia en el apartado rincon de sus vigiliass y sin que haya una mano amiga aquí donde todo se fia á la proteccion, que eleváse monumento imperecedero á los primeros y á los segundos tributase el aprecio y distincion que merece aquel que todo lo sacrifica en aras de sus semejantes

Pues ya que esto es así, ya que Galicia entregada á sí misma, de sí misma tiene que salir cuanto tienda á mejorar su estado actual, aunémonos todos sus hijos, formemos un haz comun que para hacer el bien, el camino es llano y asociándonos para todos los fines de la actividad humana, marchemos firmes por la senda que nos trazemos, seguros de que dentro de la Ley, tenemos medios más que suficientes para que nuestra querida Galicia sea envidiada de propios y extraños, que para eso le dió naturaleza, mar que bañe sus pintorescas costas en una extension de más de treinta leguas y tierras abundantes y feraces donde no escasean caprichosos saltos de agua; rios caudalosos y una vega y Flora riquísimas á quienes guardan altás y elevadas montañas que sirven de asiento á minas no explotadas, á tesoros preservados á las futuras generaciones.

RAMON G. VICETTO.

Vigo Setiembre de 1874.

EL PADRE FEIJÓO.

A mi querido amigo el inteligente jóven don Segundo Feijóo Montenegro y Gayoso, descendiente del preclaro ingenio del siglo XVIII.

I.

En una humilde y pequeña aldea del obispado de Orense y parroquia de Santa Maria de Mélias, vivian á últimos del siglo XVII los nobles descendientes de una de las familias mas distinguidas de Galicia, D. Antonio Feijóo Montenegro y Sanjurjo, D.^a Maria de Puga Sardeal, veian deslizar sus dias en el bonito y pequeño pueblo de Casdemiro oreado por las auras del Miño.

Era D. Antonio Feijóo de notable ingenio y prodigiosa retentiva. En uno de los discursos del *Teatro critico*, se hace notar esto mismo diciendo que habia estudiado la gramática en un año y pocos gramáticos le igualaban,

aprendia en una hora trescientos versos de Virgilio y los retenia en la memoria, y en fin, componia tambien con bastante facilidad y elegancia versos castellanos así sérios como festivos, y dictaba á más de cuatro escribiendo á un tiempo.

Eran, en fin, D. Antonio Feijóo un tipo de caballeros españoles del siglo pasado, solamente que con la ventaja de reunir una ilustracion que pocas veces se encontraba entre aquellos señores, y D.^a Maria de Puga, un modelo de damas y de esposas.

A este matrimonio habia elegido la Providencia para dar al mundo una de las lumbreras de los tiempos, uno de esos hombres que nacen para empujar á los siglos.

En efecto, el dia 8 de Octubre de 1676, nació en Casdemiro de Mélias D. Benito Gerónimo Feijóo Montenegro y Puga.

Puer ingeniosus eran: fortitus sum animan bonam (Sap. cap. VIII v. 19). He aquí el dístico que cita uno de los panegiristas del gran Feijóo refiriéndose á su pubertad. Y en esto el pequeño Benito habia mostrado desde la cuna sus admirables dotes para los estudios. A la edad de 11 años y aun sin tener conocimientos de poesía, ya componia admirables versos, siendo el asunto de algunos de ellos el elogio de la vida del campo, que mas tarde constituyó tambien el de uno de sus mas bellos discursos.

Su padre que observaba una por una sus inclinaciones y viendo su natural predisposicion al estudio y á la vida monástica se decidió á que su primogénito vistiese la cogulla á la conveniente edad. No faltó quien advirtiera á D. Antonio Feijóo que apartase á su hijo de tal camino, pues siendo el heredero de un rico mayorazgo, mas alhagüeno porvenir le presentaba el mundo que la vida austera del convento, á lo que contestaba que además de que nunca iria contra la natural inclinacion de su hijo, siempre le agradecería más Dios el haberle consagrado lo mejor de su casa.

En medio de todo el jóven Feijóo adelantaba de una manera admirable en sus estudios, guiado por los ilustrados monges de San Estéban de Riva de Sil, monasterio cercano á su casa solariega y al que habia ido á hacer sus primeros estudios en la filosofia.

En el año 1790 y cuando aun contaba solamente 14 años, realizó Feijóo sus constantes esperanzas vistiendo el hábito en el Real Monasterio de San Julian de Samos.

Empero, detengámonos aquí. El jóven Benito Gerónimo, es desde entonces el P. Feijóo, y la historia de su vida desde entonces es la historia de sus glorias literarias, y la historia

literaria del P. Feijóo no se escribe en un solo artículo. Aplazemos, pues, esta para otro, que estas breves líneas no tienen otro objeto que recordar dos fechas: el 8 de Octubre de 1676 y el 26 de Setiembre de 1764.

El 8 de Octubre de 1676, había pasado para el mundo como otro cualquiera, y sin embargo aquel día recibía en su seno uno de sus géneos.

Habían pasado 88 años, y el 26 de Setiembre de 1764, todos lloraban la pérdida del gran Feijóo, y una ciudad entera, Oviedo, que tanto tiempo le había dado asilo, vestía de luto y le tributaba honrosas exequias

Feliz tú Galicia que cuentas entre tus hijos hombres como el P. Feijóo.

CAMILO PLACER BOUZO.

UN AVE Y UN ALMA.

A BELLA.

La errante golondrina de pintoresca pluma
Que en elevada torre su nido construyó,
Cuando continuo vuelo la lleva ya cansada
Amante vuelve al nido que un tiempo abandonó.

Allí dejó su cuna, sus tímidos amores,
La pluma de su cuerpo que el nido engalanó,
Y allí su amor encuentra, y allí besa á su amada
Y allí encuentra el descanso que tanto ambicionó.

Del mundo en el vacío flotando va mi espíritu
Mi alma en su desdicha gozar no puede ya,
Y las débiles alas del corazón ardiente
Agosta de mi suerte el hórrido huracán.

Yo soy menos que el ave que en Africa se abriga
Porque ella tiene nido, amores tiene y luz
Y yo en mi oscura vida no tengo amigo alguno
Y espérame tan solo un fúnebre ataúd.

No dejo en pos cariño que nadie me profese,
No dejo atrás recuerdos de efímera pasión,
Mas en la aguda zarza del duro desengaño
Sus trozos va dejando mi triste corazón.

.....

Dichosa tú avecilla, que llegas á tu nido
Do encuentras los recuerdos que te hacen revivir;
Son dardos mis recuerdos que el alma me atraviesan,
Yo ni esperanza tengo y réstame morir.

AURELIANO J. PEREIRA.

Lugo, Junio, 1874.

O NACEMENTO D'O PADRE FEIXÓO.

Aló n'a aldea de Casdemiro,
Vése unha casa, dulce retiro
D' unha familia nobre e leyal;
As ledas auras, y o vento louco,
O' rio Miño poiquiño a pouco
Seus negros muros bicando van.

Grandes recordos de gloria encerra,
Aquela casa d'a nosa terra
Que bica o Miño murmurador;
Alí, os ollos abriu n'o mundo

O escrarecido xenio fecundo,
O renembrado PADRE FEIXÓO.

Foy unha tarde que o sol morría...
Alá n'os souts leve armonía
Iban facendo murmullos mil;
Daban perfumes as brancas frores
Os paxariños, cantos d' amores,
O rio, as auras, ecos sin fin.

Non sei que vago concerté extrano
Xamais oubido por ser humano
Iba collendo forzas e voz,
N'o feitizado felis retiro,
N'a probe aldea de Casdemiro,
Cando a ista terra viña FEIXÓO.

Unha garrida nay virtuosa,
Filla obedente, leyal esposa,
Tiña n'o colo con tenro amor
O piquiniño tan feiteiro,
Cal é a lua pol'o Xaneiro,
Como n'o vrao se mostra o sol.

A nay, o neno con se arrulaba,
O pay, de gozo vágoas choraba,
O piquiniño chorou tamen,
En'aquil dia veu pra Galicia,
Unha esperanza y unha delicia,
Un sol, un xenio de gran valer.

Cantando mentras seu nacemento
Iban lixeiros n'as aas d'o vento,
Coros d'o ceño, brancas visióis;
Música branda, leda armonía
Que así falaba, cando nacía
Aquil destello d'a lus de Dios:

»Desperta Galicia, desperta non chores,
»Nacéuch' oxe un fillo que un xenio será;

»Óndinas d'o Miño, con cantos e frores
»A cuna d'o neno felis arrular.

»Os xcnios que foron de grande mamoria,
»Xa veñen, xa chegan velando por il;
»Virtú e nobreza, talentos e gloria,
»Xa teñen gardados pra dar á sua historia,
»As fadas que dormen n'as grutas do Sil.

»Filósofos, sábios baixade a cabeza;
»Estrelas, deixáde brilar ise sol,
»Que fogo divino lle deu pra grandeza
»Aquil que protentos de lus e beleza
»N'o ceo e n'a terra, d'a nada criou.

»Galicia, desperta; Galicia, non chores,
»Xa tés quen desterre teus vellos errores,
»Xa tés novas glorias e novos brasós;
»Galicia, recorda con cantos e frores
»O nome d'o xenio destello de Dios.»

VALENTIN L. CARVAJAL.

Orense, Octubre 1874.

EL SOLDADO.

Leyenda.

Te acareció de muy niño,
De una madre la terneza,

Y tu cuna de pobreza,
Pródiga fué de cariño:
Naciste para la guerra
Tu madre lo conocía,
Porque tu madre sabía
Que eras muy pobre en la tierra,
Y sola, con su dolor
Que de triste lleva palma
Siempre rogaba al Señor
Por el hijo de su alma;
Que no hay suplicio mas fijo,
Que aun noble pecho taladre
Que él de quitar á una madre
Los dulces besos del hijo;

Asi creciste contento
Y al cumplir años mayores,
Cambiasdes el sufrimiento
Al amor de los amores.
Tuviste á la guerra que ir,
Por tu patria á pelear,
Y empezabas ya á sufrir,
Viendo á tu madre llorar.
Adios madre mia adios.
Que al campo de la victoria,
No podemos ir los dos,
Que tu amor me dé la gloria;
Que yo tendré por escudo,
Aunque al contrario no cuadre,
De la lucha en lo mas rudo
El santo amor de mi madre.
Dijo y partió sin poder,
Disimular su afliccion,
Viendo á su madre caer,
Enferma del corazon.

En una bella mañana,
Y al nacer del Sol la lumbre,
Con su cayada una anciana,
Paso á paso, tierra gana
De un alto monte á la cumbre,
Allí la lleva su amor,
Y un sentimiento profundo,
Allí do creé su candor
Que se divisa mejor
El confin de todo el mundo.

Esperando siempre ver,
Desde la cumbre del monte
Al hijo suyo volver,
Por el lejano horizonte
Que le vió desaparecer.

Y con tan bella esperanza
Hija del amor prolijo
Su débil vista no alcanza,
Como á la carrera avanza,
Muy cerca de sí, su hijo.

A su lado le tenia
Y gracias al Cielo daba
Que en sus brazos oprimia;
Con la mas santa alegría

El hijo á quien esperaba.
Sé mi apoyo ya hijo mio
Para volver á mi hogar
Bien necesita tu brio
La que de la muerte el frio
Siente sus venas helar
Y hácia la aldea vecina,
Al declinar la mañana,
Con paso lento camina,
Con su hijo que la anima
Una pobrecita anciana.

E. MATUTE.

VARIEDADES.

El dia 27 de Setiembre ha sido conducido á se última morada el cadáver del Señor Don Mariano Tafall y Miquel, padre político de nuestro querido amigo D. Manuel Bibiano Fernandez, director del *Diario de Santiago*, á quien enviamos nuestro sentido pésame así como á su desconsolada familia.

El Sr. Tafall deja inmensas simpatías al lado de una acreditada reputacion de artista. Como músico ha escrito numerosas obras, siendo el *Miserere* y *Oficio de difuntos* cantado en sus funerales por primera vez, produccion suya. Como maestro organero deja tambien varios recuerdos en Galicia. Los órganos de las catedrales de Mondoñedo, Lugo y Orense, son construidos ó recompuestos totalmente per el Sr. Tafall, asi como otras varias obras de menos consideracion.

Pero lo que más palmariamente revela su mérito, es la obra que deja escrita, y cuyo 3.º y 4.º tomo se hallan en prensa, intitulada: ARTE COMPLETO DEL CONSTRUCTOR DE ÓRGANOS ó sea GUIA MANUAL DEL ORGANERO. Esta obra la única en su clase que se ha publicado en España, y que segun su titulo es esencialmente artística, es el fruto de su larga experiencia en tan difícil arte, habiendo merecido del señor Barbieri, uno de nuestros mejores escritores músicos, el haberle dedicado algunos apuntes sobre la historia del órgano, que el Sr. Tafall aceptó para unir á la obra.

Ha regresado de los baños de Vigo, don Valentin Lamas Carvajal, director-propietario de este Semanario y al que hemos tenido el gusto de verle bastante mejorado de la vista si bien no tanto como deseáramos.

En el Hospital de esta ciudad, se están llevando á cabo importantes mejoras (de las cuales nos ocuparemos) debidas á la actividad y celo del actual Director de las Casas de Beneficencia. La conducta del señor Reigada, es digna del mayor elogio.

Imp. de D.º Pilar Sidarol, á cargo de D. Ramon Lozano.